

Estonia en el mundo de entreguerras. Los países de la nueva Europa y la Sociedad de Naciones: el caso de los países Bálticos

Estonia in the interwar world. The countries of the new Europe and the League of Nations: the case of the Baltic countries

DAVID RAMIRO TROITIÑO

Tallinn University of Technology

david.troitino@taltech.ee

ORCID: 0000-0002-0542-5724

Recibido: 12/11/2023. Aceptado: 29/01/2024.

Cómo citar: Ramiro Troitino, David, “Estonia en el mundo de entreguerras. Los países de la nueva Europa y la Sociedad de Naciones: el caso de los países bálticos”, *Revista de Estudios Europeos* 84 (2024): 169-186.



Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ree.84.2024.169-186>

Resumen: El fin de la Gran Guerra a principios del siglo XX supuso un cambio de paradigma político en Europa Central y del Este. El cambio fue especialmente relevante para Estonia, un pequeño territorio bajo la dominación extranjera desde la Edad Media. La independencia del país del extinto Imperio ruso y de la dominación socioeconómica germana necesitaba del respaldo internacional, labor que realizó adecuadamente la recién instaurada Sociedad de Naciones. Esta investigación se centra en la influencia de la comunidad internacional en la formación de Estonia, su respaldo, su solidaridad tanto política como económica, y su significado en términos de protección frente a la amenaza existencial que suponía la Unión Soviética.

Palabras clave: Estonia, Sociedad de Naciones, cooperación internacional, independencia báltica, legalidad internacional.

Abstract: The end of the Great War at the beginning of the 20th century brought about a change of political paradigm in Central and Eastern Europe. The change was especially relevant for Estonia, a small territory under foreign rule since the Middle Ages. The country's independence from the extinct Russian Empire and from German socioeconomic domination needed international support, a task that was adequately carried out by the recently established League of Nations. This research focuses on the influence of the international community on the formation of Estonia, its support, its political and economic solidarity, and its meaning in terms of protection against the existential threat posed by the Soviet Union.

Keywords: Estonia, League of Nations, international cooperation, Baltic independence, international legality.

INTRODUCCIÓN

El marco teórico de la investigación se fundamenta en el historicismo. vínculo del enfoque con posibles implicaciones con el objetivo principal de la investigación, la relación de la Sociedad de Naciones con un país de, entonces, recientemente independizado de la URSS, Estonia. Por lo tanto, se trata de un acercamiento sistemático a acontecimientos históricos del pasado en referencia a un proceso complejo en el tiempo. El principal objeto de investigación de esta investigación se presenta como parte de un todo, como parte del complejo mundo creado tras la I Guerra Mundial; la participación de Estonia en la Sociedad de Naciones en un sentido amplio incluyendo las vicisitudes históricas dentro de un marco global. Por tanto, esta investigación presenta una perspectiva global para entender un tema específico. Se utiliza el historicismo. como teoría principal para que todo el análisis comprenda un elemento parcial. El estado actual de la investigación histórica al respecto se encuentra con grandes limitaciones, siendo casi exclusivamente un campo para historiadores estonios sin un desarrollo internacional de calidad.

Estonia es actualmente un país independiente dentro de la Unión Europea, pero sus orígenes son oscuros y repletos de dificultades. En un principio, durante la época del imperio romano, se identificó a una tribu llamada Aesti ocupando parte del territorio actual de Estonia. Aunque es difícil establecer una conexión fiable entre dicho pueblo y los actuales estonios. De todas formas, está claro que los estonios pertenecen a los pueblos de origen fino-ugrio que emigraron procedentes de la zona de los Urales. La pujanza de los pueblos eslavos fue arrinconando a finlandeses y estonios hacia el norte de Europa hasta llegar a sus respectivas localizaciones.

La homogeneidad del pueblo estonio es diversa, ya que las migraciones incluyen la adopción de nuevos elementos culturales y la incorporación de nuevos elementos humanos. Además, la carencia de un sistema político común u organización tribal uniforme, supone una amalgama de pueblos con denominadores comunes, aunque diferenciados entre ellos. Estos hechos unidos a la crudeza climática de Estonia que dificultaba las relaciones sociales fluidas, fragmentaron a los pobladores originales del territorio de Estonia en diversos grupos convergentes, aunque claramente diferenciados (Davies et al, 1994).

La conquista germana del territorio de Letonia y Estonia, supuso la creación de Livonia, una entidad política completamente dominada por los alemanes Bálticos y donde los habitantes locales se convirtieron en siervos de las explotaciones agrarias de los conquistadores. Asimismo, la elite comercial germana se asentó en enclaves urbanos y floreció como punto de conexión entre el mercado alemán y la zona Báltica.

La influencia foránea, con incursiones danesas, suecas, rusas, e incluso brevemente polacas, no alteró de manera relevante la composición de población de Estonia, afectando principalmente a sus élites de hacendados agrícolas y potentados comerciales.

La Gran Guerra del Norte, 1700-1721, supuso la incorporación de la zona Báltica al imperio ruso y el fin de la influencia sueca. De todas formas, la composición de la élite germana y de la población estonia no se vio influenciada por dicho cambio político. Evidentemente, la guerra afectó enormemente a la demografía del territorio, pero no supuso un trasvase de población rusa, ni una sustitución de la nobleza local por parte de la más alta jerarquía rusa. De hecho, la élite germana accedió gradualmente a puestos de la más alta responsabilidad en la corte de San Petersburgo, y se benefició enormemente del acceso sin restricciones al mercado del imperio. Lo que se tradujo en una clara expansión económica basada en las exportaciones agrícolas y en la producción de bebidas espirituosas que proporcionaron grandes beneficios económicos a la nobleza y aliviaron levemente las condiciones de los siervos estonios (Nutt, 2007). Asimismo, la nobleza germana se benefició económicamente de su progresiva relevancia al servicio del zar de todas las Rusias, un imperio multicultural con la figura del monarca como vector de unión.

La Primera Guerra mundial y la caída del imperio ruso a través de la revolución Bolchevique, supuso la primera independencia de Estonia. Los germanos veían su posición muy debilitada tras la derrota del imperio alemán, lo que afectó a su poder para mantener el anterior estatus quo social que les beneficiaba claramente frente a la población servil estonia. Asimismo, la guerra civil rusa entre blancos y rojos, entre 1917 y 1923, focalizó todos los esfuerzos del gobierno soviético, permitiendo la independencia de los países Bálticos y de otros territorios fronterizos del desaparecido imperio ruso (Raun, 2002).

Por tanto, la situación geopolítica generada por el desastre humano de la Primera Guerra mundial, permitió la creación de un Estado estonio por primera vez en la historia moderna. Su gobierno rápidamente se lanzó a un programa de redistribución de tierras, favoreciendo a la masa campesina

estonia frente a sus anteriores señores germanos, eliminando la servidumbre y nacionalizando sectores económicos clave, además de fomentar la creación de una identidad común entre la población estonia. Los nombres, anteriormente germanos, se adaptaron a formas estonias, se promovió el idioma estonio del norte del país, de la capital Tallin, como idioma nacional eliminando las divergencias hasta entonces existentes y se limitó el acceso de la población germana (aun entonces muy numerosa) a cargos públicos. Este proceso de reforma interna fue reforzado por las acciones internacionales del país, que buscaba el respaldo de Europa a su independencia, y así protegerse de una hipotética amenaza soviética.

1. LUCHA CONTRA LA URSS POR LA INDEPENDENCIA

El factor fundamental en términos de relaciones internacionales de la Estonia del periodo de entreguerras viene marcado por la lucha contra la Unión Soviética (Tamm, 2008), primero en busca de la creación de un estado propio, y posteriormente para mantener la independencia ante el resurgir de la URSS después de la guerra civil rusa.

La población de la recién creada republica de Estonia estaba altamente influenciada por la cultura germana, con pocos vínculos efectivos con la predominante cultura rusa en el imperio ruso. Además, como anteriormente mencionado en esta investigación, la incorporación del territorio a la esfera zarista no supuso la llegada de población eslava. Por tanto, la anterior lealtad al imperio, principalmente entre las clases más altas, no tuvo continuidad en la nueva realidad soviética. El apoyo de las clases populares al comunismo fue muy reducido entre la población estonia pese a los intentos de Kalinin de soliviantar a la reducida clase proletaria del país, cuya industria se encontraba focalizada en la capital (Hamulák, 2018). Por otro lado, la reforma agraria del gobierno de Estonia favoreciendo la propiedad de la tierra de los antiguos siervos, significó un gran apoyo rural a la nueva república, y un escaso interés en la comunalización de la tierra promovida por los Bolcheviques. Por tanto, la elite comercial era contraria al modelo económico comunista, el proletariado era muy débil y focalizado en la capital, y los campesinos que por primera vez habían accedido a la propiedad de la tierra que trabajaban, eran completamente contrarios a la Unión Soviética. Esto favoreció el apoyo al nuevo estado y a la creación de un nuevo estado-nación en Europa (Park, 1994).

El apoyo internacional, principalmente de la vecina Finlandia y cierto apoyo naval británico, influyó en el desarrollo de la guerra contra la URSS, pero el hecho fundamental que facilitó la victoria de la república de Estonia en la contienda fueron los problemas internos soviéticos. La necesidad de reformar el estado y asegurar de manera estable el cambio de régimen amenazado por las fuerzas contrarrevolucionarias, absorbió todos los esfuerzos soviéticos. Las nuevas autoridades bolcheviques alcanzaron un acuerdo ventajoso para Estonia garantizando su independencia, aunque fuera de manera temporal (Mazower, 1997). El miedo a una agresión soviética una vez resulta a su favor la guerra civil era latente, y por tanto el gobierno del país buscaba fortalecerse internamente fomentando la creación de una nación cohesionada y leal al nuevo entramado político, y externamente a través de su participación activa en organizaciones internacionales, en especial en la Sociedad de Naciones.

2. ESTONIA Y LA SOCIEDAD DE NACIONES

Los fundamentos teóricos y prácticos de la Sociedad de Naciones se basaban en el intergubernamentalismo, cooperación entre estados independientes que cooperan de manera sistemática en busca del bien común desde una perspectiva nacional. Por tanto, los miembros de la organización conservaban intacta su soberanía nacional y cooperaban en aquellos campos que fueran relevantes acciones comunes para proporcionar beneficios a sus miembros. Este acercamiento suponía una falta de interés en aquellos asuntos específicos irrelevantes para algunos miembros de la organización, a excepción de agentes globales como el Imperio Británico. De todas formas, no era el caso de Estonia cuyos intereses estaban claramente enfocados en la protección internacional de su independencia y la ayuda financiera para canalizar exitosamente la transformación económica tras la nacionalización y reparto de latifundios y empresas. La principal función de la Sociedad de Naciones dentro de este entramado ideológico crear las estructuras necesarias para que dicha cooperación se desarrollara de manera eficaz. El modelo estaba claramente inspirado en el tipo de relaciones internacionales promovido por el Reino Unido, la mayor potencia de la época aun estando en claro declive tras la contienda global, hacia y en pleno proceso de transición dentro de la hegemonía global hacia los Estados Unidos de América. Los británicos defendían la cooperación internacional sin involucrar soberanía nacional, para así mantener su propia autonomía que se extendía a nivel global.

Estonia acogió favorablemente el modelo de cooperación porque el país después de una larga colonización alemana y la integración forzada en el Imperio Ruso era muy susceptible en todo lo relacionado con su recién adquirida la soberanía nacional. El Estado-nación estonio no se alineaba con las tesis integracionistas donde la soberanía nacional se difumina en un nuevo nivel de soberanía adicional compartido por todos los miembros de la organización. En este sentido, la Sociedad de Naciones y su modelo de relaciones internacionales basado en la cooperación, sin elementos integracionistas, era el foro internacional apropiado para las necesidades y prioridades de Estonia (Housden, 2014).

La estructura de la Sociedad de Naciones tenía en su cúspide al Consejo, institución que incluía 4 o 5 miembros permanentes (la Unión Soviética fue elegida como miembro permanente en 1934, lo que afectó enormemente a Estonia y otros países cuya independencia era consecuencia de la caída del Zar), además de otros 4 miembros rotativos. Estonia nunca fue miembro del Consejo, aunque Finlandia, a la que Estonia estaba muy vinculada, fue miembro no permanente de 1927 a 1930. Además, Letonia, país con intereses comunes con Estonia en lo relevante a la protección internacional contra la amenaza soviética y a la necesidad de ayuda financiera para apoyar el cambio de paradigma económico, también fue miembro no permanente del Consejo desde 1936 a 1939. Por tanto, en una época ya fuertemente influenciada por la Unión Soviética y su expansionismo. El Consejo tomaba sus decisiones por unanimidad, todos sus miembros tenían que ponerse de acuerdo para adoptar cualquier resolución.

Otra institución relevante dentro de la Sociedad de Naciones fue la Asamblea general, un organismo en el que todos los estados miembros de la organización estaban representados, cada país podía enviar hasta tres representantes, aunque contaba con un solo voto. Esto significa que todos los estados tenían el mismo poder en la Asamblea independientemente de su población, poder económico o tamaño. Un voto por miembro beneficiaba en teoría a los estados menos poderosos, aunque en la práctica, el Imperio Británico y la República francesa eran los poderes facticos dentro de la organización. De todos modos, en el caso de esta investigación, Estonia se equiparaba a potencias como Alemania o la URSS a niveles internacionales. Las decisiones más importantes de la Asamblea también eran adoptadas por unanimidad y en algunos casos por mayoría de dos tercios, siguiendo el modelo de cooperación de la organización. En las primeras reuniones, que duraban un mes una vez al

año, Estonia envió delegados nacionales con un alto perfil público, reflejando la importancia que se le daba en el país a la membresía en la Sociedad de Naciones (Troitiño, 2017). De todas formas, a partir de 1932, Estonia estuvo representada por August Schmidt y Johannes Kõdar de manera permanente, aunque con frecuencia eran acompañados por el ministro de Asuntos Exteriores correspondiente. Las primeras asambleas fueron las más relevantes para Estonia, ya que buscaba ahí afianzar su recientemente adquirida independencia, por lo que la presencia de políticos relevantes estonios fue una constante antes del declive de la organización. La mayor parte de los mismo fue ejecutada por las autoridades soviéticas tras la anexión del país dentro de la URSS. Johan Laidoner (militar y político), Ants Piip (Ministro de Asuntos Exteriores), Ado Anderkopp (militar y político), Karl Tofer (diplomático), Aleksander Hellat (Ministro de Asuntos Exteriores), Friedrich Akel (Ministro de Asuntos Exteriores), Otto Strandman (Ministro de Asuntos Exteriores), Jaan Tõnisson (Ministro de Asuntos Exteriores) y Johannes Kõdar (diplomático) fueron ejecutados por los soviéticos. Solamente uno de los representantes estonios en la Asamblea, Julius Seljamaa murió de forma natural en 1936 en Estonia. El resto de los representantes estonios murió en el exilio, seis en Suecia y otro representante más en Madrid, Londres y Ginebra. Por tanto, se puede decir que la representación de Estonia en la Liga Naciones Unidas se convirtió en una actividad de alto riesgo que eventualmente condujo a la ejecución o al exilio.

Otra institución interesante para Estonia en el organigrama de la Sociedad de Naciones se trataba del Tribunal de Justicia, un tribunal internacional para resolver conflictos entre los miembros de la organización de forma regulada, de manera ordenada y pacífica. Aunque dentro de la Sociedad de Naciones, tan sólo veintisiete países ratificaron la cláusula facultativa sobre la jurisdicción obligatoria del Tribunal de Justicia. Estonia reconoció la jurisdicción de la Corte Internacional de Justicia sin que esto significara que los países no signatarios tuvieran que aceptar los fallos de la Corte. Por lo tanto, en caso de conflicto entre dos firmantes, la Corte decidiría y su sentencia se implementaría de inmediato, aunque si afectaba a un no signatario, las sentencias carecían de capacidad de implementación. En el área geográfica de Estonia, Finlandia y Alemania ratificaron la cláusula, aunque no la Unión Soviética, principal fuente de problemas para Estonia. Era muy importante para Estonia poder resolver posibles conflictos con su vecino soviético de manera pacífica, ya que Estonia se encontraba en una posición de extrema debilidad frente a

su gigantesco vecino. Los políticos estonios buscaron una solución a la agresividad de la URSS en este tribunal, a pesar de lo que significaba en términos de pérdida de soberanía. De todas formas, sus esfuerzos fueron en vano porque Stalin nunca tuvo intención de ratificar, ni respetar, el trabajo del Tribunal de Justicia.

El modelo de cooperación era predominante dentro de la Sociedad de Naciones, especialmente en lo referente a sus principales instituciones, el Consejo y la Asamblea, y se adaptaba perfectamente a las posiciones estonias en el campo de las relaciones internacionales. De todas formas, se incluían levemente elementos integracionistas, como el ya mencionado tribunal, donde Estonia, pese a ir en contra de su posición global, aceptó ceder soberanía nacional a cambio de una protección internacional frente a la amenaza soviética que realmente nunca se materializó. Este hecho refleja claramente las prioridades de Estonia en la Sociedad de Naciones, el apoyo internacional ante

- Beneficios financieros

La Sociedad de Naciones en su búsqueda de la paz internacional y estabilidad actuaba como garante del Proyecto de Seguridad Común que debía proporcionar sus miembros con los instrumentos financieros necesarios para que sus economías crecieran de manera sostenible. La idea era simple, una sociedad con una economía robusta podría proporcionar a sus ciudadanos con los elementos básicos para su sustento, como trabajo o apoyo social. La Sociedad de Naciones era consciente de la interoperabilidad de las economías europeas, por tanto, creó un sistema global de relaciones internacionales basado en las necesidades económicas de sus miembros. Se buscaba evitar que una crisis que afectara al tejido socioeconómico de los Estados miembro, y por ende, a su estabilidad social, aumentando exponencialmente las posibilidades de conflictos (Rannut, 2008).

El peligro era especialmente relevante al finalizar la Primera Guerra Mundial, con especial énfasis en Europa Central y Oriental, donde la nueva creación de mercados nacionales atravesaba los problemas lógicos derivados de un cambio tan profundo en su modelo económico. Países como Estonia, habían perdido su acceso a su mercado mas importante, el Imperio ruso, aunque conservaba una relación especial con su mercado mas tradicional, Alemania. Todos los países independizados de Rusia, los nuevos países surgidos del colapso del Impero Austro-Húngaro, y los países anteriormente en la órbita de influencia germánica se vieron enormemente afectados por la pérdida de sus mercados tradicionales en su

adaptación hacia una economía nacional (Ramiro Troitiño et al., 2018). Ante la posibilidad de un colapso económico, la Sociedad de Naciones ofreció asistencia financiera a países como Hungría, Bulgaria, Grecia y Estonia. Joseph Louis Anne Marie Charles Avenol (1879 - 1952) fue un diplomático francés que desempeñó su labor como segundo Secretario General de la Sociedad de Naciones del 3 de julio de 1933 al 31 de agosto de 1940. Le precedió en el cargo el británico Sir Eric Drummond, quien fue secretario general entre 1920 y 1933. Le sucedió en el frente de la organización el diplomático irlandés Seán Lester, que fue secretario general entre 1940 y 1946, cuando se disolvió la Sociedad de Naciones. Avenol fue enviado a la Sociedad de Naciones desde el Departamento del Tesoro francés en 1922 para manejar las finanzas de la Liga, un puesto de suma importancia para países emergentes como Estonia. Era subsecretario general en 1933, cuando dimitió Eric Drummond, por lo que se convirtió en secretario general porque el primer secretario general había sido británico y había un acuerdo privado en Versalles de que el siguiente sería francés. Avenol fue acusado de utilizar la organización como una extensión del Ministerio de Asuntos Exteriores francés en su política de apaciguamiento de Alemania e Italia, dato este importante por las conexiones históricas y económicas de Estonia con Alemania y su dependencia del mercado germano para absorber sus excedentes de producción. Durante sus últimos años al frente de la Sociedad de Naciones, se produjo un declive de la organización muy marcado, despidiendo a la mayor parte del personal de la Liga, incluidos todos los empleados británicos. Lo que refleja un nacionalismo francés contrario al espíritu de la organización y contrario a los intereses de Estonia, ya que los británicos fueron prácticamente el único país occidental que ayudó a Estonia en su guerra contra la Unión Soviética.

Cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial el 1 de septiembre de 1939, Avenol había decidido abandonar Ginebra y la Sociedad de Naciones definitivamente el 31 de agosto de 1940. Ofreció sus servicios, que no fueron aceptados, al gobierno de Vichy y se vio obligado a huir de regreso a Suiza el día de Año Nuevo de 1943 para evitar ser arrestado por los alemanes. Murió en su casa de Duillier, Suiza, en 1952, a la edad de 73 años. Cuando Seán Lester lo reemplazó como secretario general, la Liga tenía sólo 100 empleados, incluidos guardias y conserjes, de sus 700 originales. Lester logró mantener los programas técnicos y humanitarios de la Liga en funcionamiento limitado durante la guerra. En 1946 entregó los bienes y funciones de la Liga a las recién creadas Naciones Unidas.

Avenol asumió el cargo poco después de que Japón abandonara la Liga. Poco después, Alemania también se fue y Argentina volvió a ser miembro de pleno derecho. Trabajó para evitar acciones o críticas a esos países en un esfuerzo por atraerlos de regreso a la Liga. Cuando Italia invadió Etiopía en 1935, la principal preocupación de Avenol fue mantener a los italianos en la organización, no proteger a Etiopía. En 1939 animó a Finlandia a presentar una denuncia para que la Liga pudiera expulsar a la Unión Soviética.

Más tarde, Avenol describió "una nueva Francia, a la que se le debía dar un alma nueva para trabajar en colaboración con Alemania e Italia y mantener a los británicos fuera de Europa". Escribió al mariscal Philippe Pétain para afirmar su lealtad al gobierno de Vichy.

En referencia a Estonia, Avenol coordinó los esfuerzos de la Sociedad de Naciones para la reconstrucción después de la Gran Guerra, especialmente centrado en Europa Central, Avenol desarrolló soluciones financieras para los países más necesitados, incluyendo, además de los ya mencionados, a Austria y China, donde se envió una misión de la Sociedad de Naciones en 1929. Asimismo, el comité de finanzas ayudó a la ciudad libre de Danzig, Polonia y Estonia mediante programas de asistencia financiera.

En el caso particular de Estonia, el país recibió un préstamo de financiero con validez desde 1927 a 1947 para la reforma de su sistema bancario y el fortalecimiento de su divisa nacional. Además, el comité hizo diferentes recomendaciones para estabilizar la economía de Estonia, destacando la dependencia del país del sector agrícola, por lo que recomendaba facilitar las exportaciones de estos productos. También destacó el papel del ganado, los productos forestales y productos de lino (Clavin and Wessel, 2005).

La Sociedad de Naciones era consciente de que el sector agrícola estonio estaba fuertemente afectado por una crisis financiera consecuencia de la nacionalización de los latifundios en manos de la nobleza germana. Los terrenos se habían dividido convenientemente entre la masa campesina para crear un tejido rural fuerte, independiente y leal al ideario nacionalista de la nueva república. Los nuevos propietarios afrontaron los pagos pertinentes por la compra de parcelas agrícolas gracias a condiciones estatales muy ventajosas gracias a los distintos subsidios y facilidades de pago. Además, los nuevos propietarios recibieron apoyo financiero para reformar sus nuevas explotaciones incrementando su productividad con la adquisición de equipamientos modernos, fertilizantes y otros instrumentos.

Parte del apoyo financiero de la Sociedad de Naciones fue invertido en este proceso de modernización del entorno rural, aunque tuvo consecuencias inesperadas tanto para la organización como para el Estado estonio. Los créditos agrícolas fueron invertidos en otros campos más especulativos y con retornos mucho más elevados que los proporcionados en la actividad agraria. En especial, es de gran relevancia la inversión en deuda pública alemana, que pagaba unos grandes intereses que permitían devolver holgadamente el préstamo recibido y obtener un beneficio substancial. Este esquema atrajo a numerosos estonios que utilizaron los préstamos internacionales y de su propio gobierno para invertir en deuda pública alemana. La crisis económica del 29 y la hiperinflación de la economía de la República de Weimar convirtió el esquema en una trampa que impidió a los inversores estonios poder devolver sus créditos al obtener ingresos devaluados por la debilidad del marco. Este hecho potenció la crisis económica en una Estonia ya de por sí delicada por el enorme esfuerzo de desvincularse del mercado ruso y de la nacionalización de la economía para su reparto en clave nacional.

En términos económicos, Estonia fue un país muy activo dentro de la Sociedad de Naciones por su interés en solucionar la disfuncionalidad del mercado surgida como consecuencia de los obstáculos creados en Europa central en su comercio con el mercado alemán. Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia –todos países fundados después de la Primera Guerra Mundial sobre las ruinas del Imperio ruso– tuvieron que enfrentar desafíos más complejos que la mayoría de los estados occidentales estables. Los países de Europa Central y Oriental necesitaban hacer frente a las consecuencias directas de la guerra, construir un sistema monetario estable, prácticamente desde cero, y revisar sus relaciones comerciales. La red de transporte tuvo que adaptarse a las fronteras delineadas. También había que atender a una serie de graves problemas sociales. Había que reconstruir el mercado de capitales, gravemente dañado por la inflación. Riga era un influyente centro industrial y, junto con Liepāja, el puerto marítimo ruso más importante (aparte de Odessa en el Mar Negro), formaban un eje importante dentro de los países Bálticos. Los territorios estonios contenían una industria armamentista bastante desarrollada, que apoyaba principalmente a la flota rusa del Báltico. Lituania, por otro lado, era la menos industrializada. El mercado alimentario ruso, con sus productos abundantes y baratos, hizo que la producción local fuera menos viable en el clima menos favorable del norte. Como resultado, Finlandia, Estonia y Letonia no fueron autosuficientes en este sentido después de la

independencia. Polonia y Lituania no tuvieron este problema debido a sus climas más suaves. Desde una perspectiva económica, algunos de los tratados estipulaban que Rusia pagaría una compensación por la evacuación en tiempos de guerra: 40 millones de rublos oro para Polonia (nunca pagados), 15 millones de rublos oro para Estonia (pagados) y 40 millones nuevamente para Letonia. También previeron la repatriación de las poblaciones evacuadas durante la guerra. El regreso de las instalaciones industriales jugó un papel menor, ya que sus activos quedaron dispersos y descapitalizados después de la evacuación. Debido al largo proceso de establecimiento de fronteras, se pospuso la transición a una economía en tiempos de paz y el restablecimiento de conexiones económicas, además de alcanzar el equilibrio macroeconómico y reajustar las economías a los nuevos desafíos geopolíticos. Entre una Alemania desmilitarizada, una Rusia debilitada y un Occidente desmovilizado, la inevitable militarización de Europa Central y Oriental se tradujo en una posición más fuerte de la región en la década de 1920, antes de que la carrera armamentista de la década siguiente la hiciera insostenible.

Polonia, Lituania y partes de Letonia ya estaban aisladas del mercado ruso en 1915; Finlandia, Estonia y el resto de Letonia en 1918. El aislamiento del mercado ruso ya en 1915 provocó la ruptura de los vínculos financieros tradicionales y pérdidas por evacuación, pero facilitó la adaptación. Después del fin de las hostilidades, las antiguas relaciones comerciales no se restablecieron, principalmente debido a las tendencias autárquicas en la Rusia soviética. Bajo la Nueva Política Económica, Alemania, y no los vecinos directos de la URSS, se convirtió en su principal socio comercial. Estonia, que fue la primera en firmar un tratado de paz con Rusia (febrero de 1920), resultó ser la única excepción. Estos contactos fueron rentables, y Estonia desempeñó el papel de principal conexión soviética con Occidente. La industria estonia recibió pedidos de las autoridades soviéticas para vender máquinas, textiles, papel y celulosa. A finales de 1922, después de firmar el Tratado de Rapallo, Rusia dejó de interesarse en mantener relaciones con Estonia. Se revocaron órdenes y se cambiaron los canales del comercio internacional. Mientras que Rusia representaba el 28,6 por ciento de las exportaciones de Estonia en 1921, el valor había caído al 6,7 por ciento en 1923. Esta rápida ruptura de vínculos empujó a Estonia a una aguda crisis en 1923-1924 (Pedersen, 2015).

La pérdida de mercados rusos fue particularmente importante para la parte norte de la región: Finlandia, Estonia y Letonia, que tuvieron que buscar nuevos compradores, los encontraron en Gran Bretaña, Suecia y

Alemania. El papel de Alemania, pequeño en la década de 1920 debido a los problemas económicos de la República de Weimar, aumentó sistemáticamente en la década siguiente. Los tres estados del norte no eran autosuficientes en términos de producción de alimentos y tuvieron que depender de la ayuda internacional en los primeros años de independencia. Los tres aspiraban a alcanzar la autosuficiencia en unos pocos años. Además, los productos agrícolas (y madereros) se convirtieron en importantes productos básicos de exportación. En Finlandia, Estonia, Letonia y Lituania, el apoyo estatal a la agricultura fue una parte importante de la política económica. Las reformas agrícolas radicales apoyaron el cultivo intensivo de la tierra. Su radicalismo estuvo influenciado por la composición étnica de la gran propiedad de la tierra. En Finlandia los propietarios eran en su mayoría suecos, en Estonia y Letonia alemanes y en Lituania en su mayoría polacos. Las reformas contribuyeron al aumento de los precios de la tierra, aceleraron la capitalización en la agricultura y fortalecieron los mercados internos al aumentar la riqueza de los agricultores. El aumento de la eficacia en la agricultura se basó en su mayor parte en el desarrollo de movimientos cooperativos en la producción y el crédito. En Finlandia, se tomaron medidas para utilizar tierras previamente no cultivadas. Todos los países pasaron del cultivo de cereales a la ganadería y la producción de lácteos. Los cuatro países tenían instituciones financieras sólidas que proporcionaban crédito a largo plazo a la agricultura, que, utilizando fondos proporcionados por la Sociedad de Naciones, contribuyeron a la modernización de Estonia y las nuevas repúblicas nacidas del colapso zarista (Ellis, 2003).

El rediseño de las fronteras obligó a realizar cambios en la infraestructura de transporte existente. Finlandia tuvo que conectar sus tierras del norte y del sur. Polonia se vio obligada a crear conexiones entre la partición rusa y las antiguas tierras de Austria y Alemania. Lituania se encontraba en una situación particularmente difícil, ya que el principal eje de transporte permaneció en el lado polaco de la frontera (Kenez, 2016). La estabilización de la posguerra y la reorientación de las conexiones económicas fueron desafíos formidables para los países de Europa central y oriental. Los procesos de acomodación se volvieron más difíciles debido a la crisis de los años treinta. El apoyo de la Sociedad de Naciones, en un principio movilizado por los británicos, y posteriormente por los franceses, supuso el inicio de una cooperación internacional basada en promover la prosperidad para evitar conflictos. Todo dentro del difícil equilibrio tras la

Primera Guerra Mundial y la necesidad de mantener a Alemania derrotada para evitar un resurgir de su poder, y controlar la expansión internacional comunista desde su base soviética en Rusia. Ambos objetivos fueron un fracaso, la Segunda Guerra Mundial, y posteriormente la Guerra Fría, supusieron la materialización de aquello por lo que la Sociedad de Naciones luchó por evitar, suponiendo un fracaso evidente dentro de sus planteamientos originales. Al respecto, no se puede achacar que la política económica de la organización internacional fuera la causante del desastre internacional posterior, pero tampoco sirvió para prevenirlo.

Uno de los principales precursores del nuevo orden mundial basado en la cooperación para mantener el resultado de la Gran Guerra fue el imperio británico, que se convirtió en su líder más relevante desde su fundación hasta los momentos finales de la organización. Se trata de un liderazgo natural basado en la importancia del imperio a nivel global y su potencia a nivel europeo. En cierta manera, la Sociedad de Naciones fue una institucionalización de la política tradicional británica con respecto a Europa de mantener un equilibrio entre las potencias continentales, ya fuera la Francia de Napoleón o el imperio Germánico, para mantener la supremacía que ostentaban (Henig, 2010). Siguiendo dicho modelo, la Sociedad de Naciones no buscó una paz duradera y sostenible, sino mantener el equilibrio surgido de la derrota de los imperios de Europa central, con la excepción de la Unión Soviética. El Reino Unido nunca vio con buenos ojos la instauración de un régimen comunista en la existan Rusia zarista. Al respecto, apoyó la independencia de las nuevas repúblicas surgidas del desmembramiento de Rusia, como Estonia. Al país Báltico envió unidades de la Marina Real que intervinieron en la guerra, además de apoyo material y financiero. Aunque el cansancio generalizado en la sociedad británica tras la Primera Guerra Mundial redujo sus intervenciones internacionales. Winston Churchill, uno de los políticos más relevantes del Imperio Británico, varió de opinión inversamente con la de los primeros ministros británicos: mientras que ellos veían a Alemania como un baluarte contra el bolchevismo, Churchill veía a Alemania, no a Rusia, como la principal amenaza a la paz. Con su amplio conocimiento de la realidad estratégica, se mostró cada vez más dispuesto a un acuerdo anglo-soviético. Ivan Maisky, embajador soviético en Gran Bretaña en 1932-43, encarcelado durante una de las purgas de Stalin en 1949-53, más tarde escritor, culpó del Pacto Nazi-Soviético de 1939 a Chamberlain y Daladier, por no haberse esforzado en alcanzar un pacto entre los Aliados y la URSS.

Cuando el secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, visitó Moscú en 1935, el ministro de Asuntos Exteriores soviético, Maxim Litvinov, preguntó si había alguna posibilidad de que Gran Bretaña se uniera a la URSS para garantizar la seguridad del Báltico ante lo que obtuvo una respuesta negativa. El mismo Litvinov en las reuniones de la Sociedad de Naciones buscaba un pacto con las grandes potencias de la época para salvaguardar el comunismo en Rusia, y prevenir agresiones exteriores que malograrán la reciente revolución. Sólo Churchill, entre los británicos, parecía capaz de comprender que los pactos de seguridad mutua sin la participación de Gran Bretaña carecían de sentido como el pacto entre Estonia y Letonia sin Lituania, Finlandia y Polonia. El desprecio británico por la seguridad colectiva aumentó en junio de 1935 con la firma del Acuerdo Naval Anglo-alemán, con Alemania ya fuera de la Sociedad de Naciones (McCauley, 2014).

Los gobiernos de Kaunas, Tallin y Riga se opusieron oficialmente a un “entendimiento” ruso-británico, de lo que muchos historiadores respetados concluyen que un pacto habría sido una invitación abierta para que la URSS invadiera las pequeñas repúblicas y por tanto batallaron al respecto en el seno de la Sociedad de Naciones y en otros foros internacionales, aunque como posteriormente se demostró, sin ningún éxito.

La amenaza soviética era constante y pendía peligrosamente sobre la independencia de los países Bálticos, antiguas zonas pertenecientes al Imperio Ruso. Por tanto, se veía a la Sociedad de Naciones como la mayor esperanza de respaldo internacional frente a la amenaza de expansión comunista hacia antiguos territorios controlados políticamente por los Zares. Al respecto, las intervenciones de Estonia en la Sociedad de Naciones se enfocan en apoyar esa visión de seguridad colectiva que se proponía para la nueva organización mundial que, originalmente, buscaba mantener la paz en el mundo (Troitiño and Kerikmäe, 2014).

CONCLUSIONES

Estonia fue un país muy interesado en la Sociedad de Naciones por las razones explicadas en esta investigación, principalmente reconocimiento y apoyo a la independencia de este estado surgido tras el colapso del Imperio Ruso. A lo que hay que sumar otros incentivos como los económicos. Todas las esperanzas de Estonia se vieron frustradas por la incapacidad de la Sociedad de Naciones de reaccionar ante agresiones

entre estados miembros, como la de Francia al ocupar la zona del Ruhr en Alemania, la de Japón en Manchuria o la de Italia en Etiopía. Dentro de la organización también había un conflicto latente entre británicos y franceses en busca de una hegemonía dentro de la Sociedad de Naciones, que no beneficiaba a ninguno de estos países y que debilitó a la propia organización (Ramiro Troitiño, 2022). Este hecho, unido a la progresiva retirada de diversos miembros, otorgó un papel más relevante a la Unión Soviética dentro de la Sociedad de Naciones, pasando de observador a miembro de pleno derecho en 1934. La URSS se convirtió en un miembro activo desde su membresía, arrinconando a países como Estonia que no tenían la capacidad logística ni material de competir con el gigante comunista. Por tanto, Estonia fue progresivamente retirándose de la participación activa en la organización, reduciendo los viajes de los miembros de su gobierno a Ginebra y finalmente el país fue absorbido por la URSS tras el pacto entre la Alemania nazi y la URSS. La Sociedad de Naciones ya muy debilitada, simplemente asistió a la anexión como mero espectador sin posibilidades ni intenciones de una intervención activa. Por tanto, los sueños estonios de una sociedad internacional de seguridad colectiva fracasaron paralelamente al fracaso de la Sociedad de Naciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Clavin, P., & Wessel, J. W. (2005). Transnationalism and the League of Nations: understanding the work of its economic and financial organisation. *Contemporary European History*, 14(4), 465-492.
- Davies, R. W., Harrison, M., & Wheatcroft, S. G. (Eds.). (1994). *The economic transformation of the Soviet Union, 1913-1945*. Cambridge University Press.
- Ellis, C. H. (2003). *The origin, structure & working of the League of Nations*. The Lawbook Exchange, Ltd.
- Hamulák, O. (2018). La carta de los derechos fundamentales de la union europea y los derechos sociales. *Estudios constitucionales*, 16(1), 167-186.

- Housden, M. (2014). *The League of Nations and the Organization of Peace*. Routledge.
- Henig, R. (2010). *The League of Nations*. Haus Publishing.
- Kenez, P. (2016). *A history of the Soviet Union from the beginning to its legacy*. Cambridge University Press.
- Mazower, M. (1997). Minorities and the League of Nations in interwar Europe. *Daedalus*, 126(2), 47-63.
- McCauley, M. (2014). *The Soviet Union 1917-1991*. Routledge.
- Nutt, M. (2007). The establishment and restoration of Estonian independence and the development of Estonian foreign relations. *Estonian Ministry of Foreign Affairs Yearbook*, 21-30.
- Park, A. (1994). Ethnicity and independence: The case of Estonia in comparative perspective. *Europe-Asia Studies*, 46(1), 69-87.
- Pedersen, S. (2015). *The guardians: the League of Nations and the crisis of empire*. OUP Oxford.
- Ramiro Troitiño, D., Kerikmäe, T., Chochia, A., & Hrebickova, A. (2018). First European and Pan-European integration efforts and British reluctance. *Brexit: History, Reasoning and Perspectives*, 3-20.
- Ramiro Troitiño, D. (2022). The essence of Europe: Understanding Europe through its designers. In *The European Union and its political leaders* (pp. 1-4). Springer, Cham.
- Rannut, M. (2008). Estonianization efforts post-independence. *International Journal of Bilingual Education and Bilingualism*, 11(3-4), 423-439.
- Raun, T. U. (2002). *Estonia and the Estonians: Updated*. Hoover Press.

Tamm, M. (2008). History as cultural memory: Mnemohistory and the construction of the Estonian nation. *Journal of Baltic Studies*, 39(4), 499-516.

Troitiño, D. R., & Kerikmäe, T. (2014). Pasado, presente y futuro de la Unión Europea.

Troitiño, D. R. (2017). Jean Monnet before the first European Community: a historical perspective and critic. *Trames*, 21(3), 193-213.